

ORACION

PRONUNCIADA

EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL

EN EL XXX ANIVERSARIO

DE LA INDEPENDENCIA;

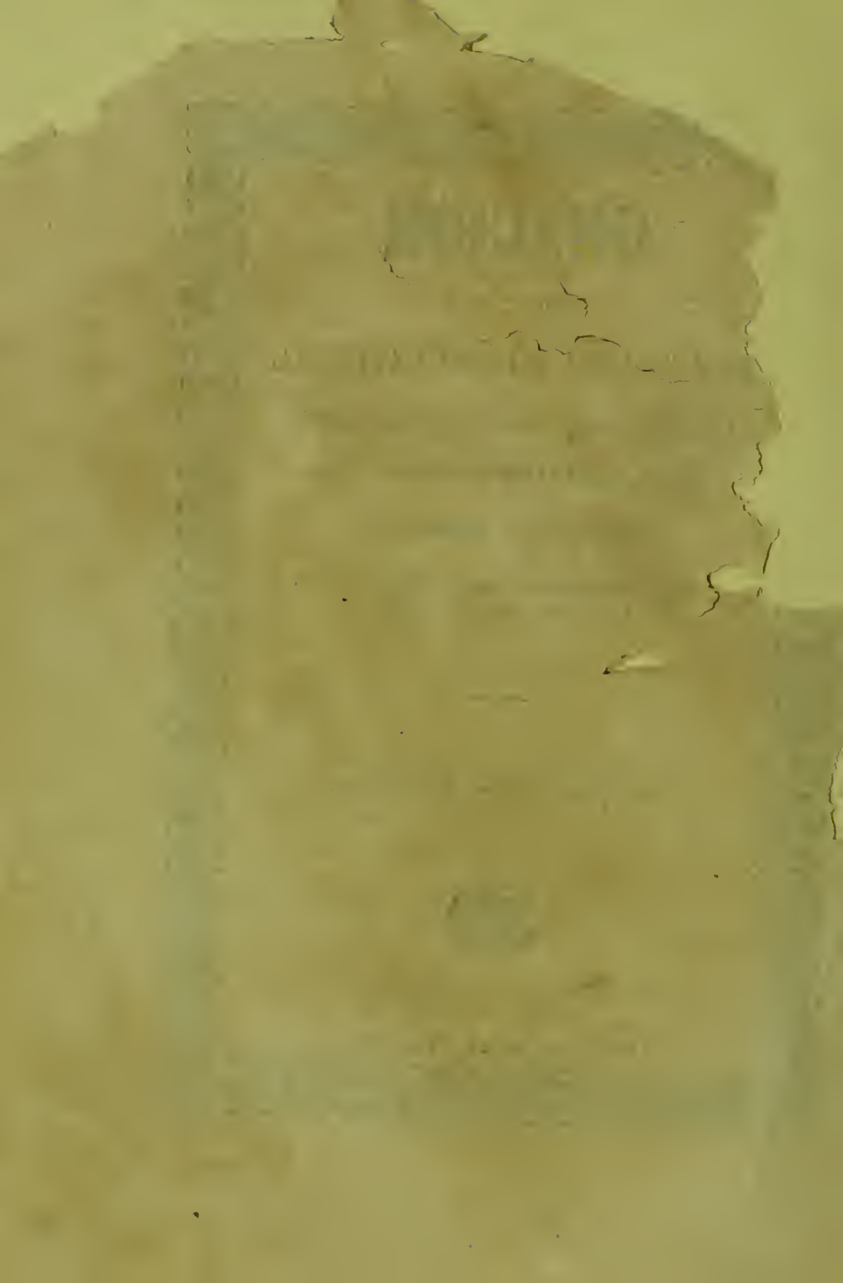
Por el Sr. Presb. D. Basilio Zeceña,

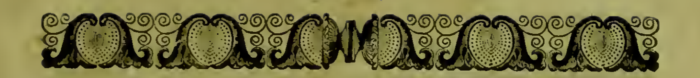
DOCTOR EN SAGRADA TEOLOGIA.—CURA DE SAN JUAN SACATEPEQUEZ.

Se imprime de órden del Gobierno.



IMPRENTA DE LA PAZ. 1851.





In manu Domini, prosperitas hominis. *Ecc. C. X. v. V.*

ES costumbre entre los hombres celebrar el dia de su nacimiento. El recuerdo de este dia tiene su aspecto triste, porque *es mejor el dia de la muerte que el dia del nacimiento.* Lo tiene tambien lisonjero, porque reune en el corazon del hombre sentimientos de gratitud hácia su Criador, y deseos de vivir para practicar las virtudes morales y sociales.

Tambien las naciones tienen su dia de celebridad, y el de su nacimiento presenta igualmente diversos aspectos. Hoy celebra Guatemala la independencia de Centro-América del gobierno español: hoy hace treinta años que Guatemala recibió su ser político: hoy hace treinta años que se han pronunciado otros tantos discursos elocuentes en esta misma cátedra, en que la independencia ha sido considerada por todos sus aspectos, y en que se han dado lecciones de moral á que los Gobiernos han debido conformar su conducta. ¿Qué podré yo decir de nuevo? ¿Repetiré lo mismo que se ha dicho? La verdad ejerce con mas vigor su imperio en el corazon del hombre, cuando se le repite con frecuencia. Las máximas que todos los dias deben

practicarse, todos los dias deben repetirse. Voy pues á hablar con toda franqueza y libertad *sobre las causas de los males que se han padecido en los años anteriores, y sobre las medidas que deben adoptarse para evitarlos, y hacer la felicidad de la patria en lo futuro.*—Os pido vuestra induljencia.

Dos clases de revoluciones han combatido siempre á la sociedad humana. La una, es del tiempo, la otra es de los hombres. De la del tiempo, hace mérito Ciceron, cuando disculpándose ante el Senado romano de no haber castigado á Catilina con la oportunidad que exijian sus deberes, le dice: *tiempo hace que Lucio Catilina ha debido ser quitado del medio, y puesto en el último suplicio: y esto, lo exijia de mí la costumbre de los mayores, la severidad de este imperio, y leyes de la República; pero no es culpa mia esta, Padres conscriptos, sino de los tiempos.* Hay, pues, en la carrera del tiempo sucesos que interrumpen los ordinarios y comunes. La revolucion de los hombres, está bien manifiesta en la historia de los hombres. Voy á analizar cristianamente esta política observacion.

La revolucion del tiempo, no es otra cosa que el órden de la Providencia en el réjimen del Universo. Asi como la piedra colocada en la áspera roca del desierto, la arena que existe en los profundos abismos del mar, el astro luminoso que describe constantemente su órbita, son seres gobernados por el autor de la naturaleza, de la misma manera los sucesos, aun los menos notables del mundo político, son dirijidos por el Supremo Autor de las sociedades. Estas se forman por su órden, se perfeccionan por su disposicion, desaparecen y se destruyen por sus decretos irresistibles. *No se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios.*

La revolucion de los hombres es la de las pasiones de los hombres. El hombre en un tiempo fué justo, fué inocente. Un jénio enemigo lo despojó de su inocencia orijinal. El orgullo, la propension al mal, y ceguedad de su entendimiento, succedieron á su primitivo y feliz estado. Este dogma fundamental del cristianismo, lo es tambien en política, y los lejisladores de las naciones, lo han tenido presente para dar leyes al hombre, no como fué, ni como debiera ser, sino como es en sí. Es tambien una verdad conocida aun por los filósofos del paganismo: *El hombre no fué criado como existe hoy*, dijo Séneca. Consecuencia necesaria de su degradacion es el desconocimiento ó desprecio de la verdad: es decir, desprecio de la relijion que le dá ideas puras y sublimes de la divinidad, para rendirle dignos homenajes. Desprecio de la moral, que prescribe sus deberes á todas las clases con dulzura, sin rigor ni debilidad. Desprecio de la sana política, que haciendo á las autoridades mas justas, y à los súbditos mas sumisos, liberta á los gobiernos de las pasiones de la multitud, y á la multitud de la tiranía y arbitrariedad de los gobiernos. Sumerjido asi el miserable mortal en un abismo de errores y de ignorancia, se precipita despechado á romper los respetos que debieran conservarle obediente á su Criador: los vínculos que debieran mantenerle unido con sus semejantes, y todos los diques que la relijion, la razon y leyes sociales ponen á sus pasiones, y excesos á que estas le arrastran. Esta lamentable posicion del hombre, es el oríjen de los males que aflijen á las sociedades civiles, á las domésticas, y á los particulares. Mas aunque las pasiones son ciegas y violentas, no lo son tanto que no asechen las ocasiones oportunas para desplegar su furor. Son semejantes á las fieras que se fami-

liarizan con su víctima para destrozarla con mas seguridad.

La revolucion de los hombres, obra comunmente á la sombra de la del tiempo, y cuando la atencion de los gobiernos es combatida y llamada á diversos objetos. La Providencia ordena los sucesos: las pasiones de los hombres los llevan en apoyo de sus deprabados objetos, con tal malicia, que se empeñan en persuadir que sus errores son emanados de la misma divinidad. Con seducciones tan lisonjeras, que en un solo error apoyan en compendio todos los errores y vicios destructores de la virtud, del honor y vínculos sociales, arrastran á la ignorante multitud, que abrasada en un fanático entusiasmo, salta sobre lo mas sagrado y respetable, para destruir en sus propios fundamentos el edificio social y moral. De estos principios absurdos de que una falsa filosofía, una elocuencia superficial, pero seductora, hace uso con sagacidad en el tumulto de pasiones populares, y de las épocas incautas de la vida del hombre, resultan, la destruccion de la unidad política, la discordia y formacion de partidos entre los miembros de una misma sociedad, y, por último, la guerra civil con todas sus tristes y funestas consecuencias. Este es el caracter de la revolucion de los hombres.

Cuando los gobiernos se ven combatidos por una y otra revolucion, ¡qué dificil es su permanencia! Al borde del precipicio, el viento mas lijero los lleva á su destruccion. Las columnas del edificio social se debilitan, este pierde su equilibrio conservador, y el mas pequeño movimiento lo desquicia y lo hecha en tierra. Estas son las épocas dificiles y complicadas de los gobiernos y sociedades humanas. Parece que cielo y tierra se conspiran contra ellas.

En circunstancias tan difíciles, ¿cuál deberá ser la conducta de los gobiernos? Oponerse al torrente de los sucesos, es inútil, es infructuosa temeridad, como la del que quiera nadar contra el ímpetu de las corrientes. Condescender con las pasiones de los hombres, sobre no ser el medio de salvar á la sociedad, es humillacion degradante y condescendencia criminal indigna de un gobierno. ¿Qué remedio pues? Necesitan en estas ocasiones los gobiernos, de emplear todos los recursos de la prudencia humana, y conocimiento del corazon del hombre, para combatir sus pasiones no de frente para contrariarlas, no con espada en mano, sino dándoles direccion antes de llegar á este funesto estremo. *El medio mas sábio y seguro*, dice un sensato escritor de la Francia, *de precaver la revolucion de los hombres, es apreciar bien la del tiempo y acordar lo que ella exije, y acordarlo no como soberano que cede, sino como soberano que prescribe.* Penetrar, pues, cuanto es posible, los designios de la Providencia, y hacer suyo propio el torrente de los sucesos, es conducta prudente y acertada. Asi, las pasiones chasqueadas, ó mueren al nacer, ó sacan la cara con menos violencia, y acompañadas del temor que es inseparable del crímen. Adoptada esta medida, es menos dificil suavizar el ímpetu de las pasiones, y con la prevision que indican los mismos sucesos en su curso, combatirlas honrosamente con las pasiones mismas, asi como se apaga el incendio empleando el fuego en destruir los combustibles que lo fomentan.

Mas estos recursos de la política y prudencia humana, no son bastantes para sofocar las pasiones en su oríjen, ó moderarlas en su violento y rápido curso. Es otro el medio mas sabio y seguro. Este es, el de la relijion, y solo la relijion, por-

que solo ella une armoniosa y majestuosamente la fuerza moral con la física: porque solo á este don inapreciable del Salvador del mundo, es concedido gobernar las acciones públicas y privadas del hombre. Porque solo la relijion pone al hombre en la presencia de un Juez á quien no se puede engañar y solo ella ofrece premios eternos á la virtud y castigos tremendos al vicio. Porque solo la relijion une á la criatura con el Criador por medio de la caridad y beneficencia que le identifican con el mismo Dios, y solo ella une al Cielo con la tierra por medio de las virtudes celestiales que le enseña. Porque solo la relijion inspira al hombre la práctica de las virtudes que le hacen recto y veráz, y obediente á las autoridades como representantes de la Divinidad en la tierra. Porque, en fin, solo la relijion hace al hombre respetable al hombre mismo, en la luz del dia y en las tinieblas de la noche: en medio de las sociedades y en el silencio de su vida privada: en los teatros públicos y en el lecho mismo de su descanso.

Los filósofos mas notables de la antiguedad, de Grecia y de Roma, conocieron y enseñaron que las sociedades no pueden formarse con los principios solos de una pura filosofía, sino que es preciso el establecimiento de la relijion, porque solo ella produce la unidad política. Tampoco, pues, se conservan las sociedades, sino con la práctica de la moral relijiosa: tampoco pueden ponerse á las pasiones destructoras de las sociedades, trincheras invencibles, sino con los principios imponentes de la relijion. Asi pensaron aquellos filósofos paganos dirijidos solamente por la razon y la esperiencia. ¡Con cuanta mas solidez hubieran establecido estos principios, si hubieran conocido las virtudes armoniosas y conciliadoras del cristianismo! ¡Con

cuanta mayor razon deben seguir las sociedades cristianas principios tan elevados y sublimes! Cuando las sociedades son dirijidas por estas máximas, sus gobiernos son padres benéficos de los pueblos, y los pueblos son hijos obedientes y amantes de sus gobiernos. Son felices en la union y fraternidad, y los hombres viven anticipadamente en el cielo. Persuadido de esta verdad un enemigo temible del cristianismo dijo: *la relijion cristiana que parece no tiene por objeto mas que la felicidad de la otra vida, hace tambien dichosos á los hombres en la tierra.* Los gobiernos, pues, que no conforman su conducta con principios tan sólidos y estables, caminan por un terreno inclinado y resbaladizo, asidos de arbustos débiles, incapaces de sostener el peso que les arrastra al abismo.

Pues ahora bien: se hizo la independencia de Centro-América sin que costara una gota de sangre, ni violentar oposiciones como en otras partes. La unidad relijiosa, sin la que no puede existir la política y social, parecia que iba á presidir los destinos de la nueva nacion, y servir de fundamento al edificio que se iba á levantar. Todas las clases se presentaban unidas y animadas de unos mismos sentimientos: el pobre lo estaba con el rico, el noble con el plebeyo, el sabio con el ignorante, el sacerdote con el lego. Un feliz porvenir presajiaba tan bella posicion. Fueron llamados los pueblos, para darse por medio de sus representantes las instituciones que los habian de gobernar. Se decretó la clase de gobierno que pareció mas conveniente, y que llenaba las exijencias de todos. Se proclamó la libertad, la igualdad y proteccion de los derechos de todos. ¡Qué cuadro tan lisonjero presentaba el teatro político! Pero, ¡qué poca duracion tuvieron estos nobles y armoniosos senti-

mientos! La luz del mas claro dia se obscureció con una nube cargada de rayos y tempestades. La buena fé de los hombres honrados dormia descansando en sí misma: las pasiones velaban y tendian redes para hacer caer en ellas á la incauta multitud. La revolucion del tiempo fué irresistible: la de las pasiones pudo evitarse; pero no hubo un jénio previsor, prudente y enérjico que haciendo suya á aquella, combatiese de alguna manera á éstas. Dejadas en absoluta libertad, jerminaron como brotan los insectos dañinos en la inmundicia de aguas revueltas y corrompidas. A la manera de aquellos volcanes que encierran en sí chispas de electricidad y llamas devoradoras, y que rompen de tiempo en tiempo en erupciones espantosas, salieron á luz pasiones innobles y envejecidas, que asechaban esta oportunidad para vengar agravios supuestos. Se apartaron los ojos de los objetos jenerales y de bien público, y se fijaron en los particulares y de interes personal. Muchos eran los que querian ser lo que naturalmente no podian ni debian ser. El que habia subido para igualarse, queria subir mas y sobreponerse. El que habia bajado con este mismo equivocado objeto, no se hallaba bien en el polvo, y queria por lo menos restablecerse á su antiguo rango. Unos y otros conocieron su ilusion, pero tarde é inutilmente: ya la discordia estaba encendida con raices profundas: unos y otros quisieron llevar al cabo sus primeros conatos.

La envidia, pasion destructora que primero despedaza las entrañas del mismo envidioso para echarse con furor sobre el objeto de su odio: pasion atrevida que tanta sangre ha derramado en el mundo, capaz de penetrar hasta el asilo mas sagrado y respetable de la paz, y de destruir los

reynos y repúblicas mas bien constituidas: que jamas ha descargado sus rayos sobre la humilde yerba sino sobre los mas altos y elevados cedros, inspiró á muchos los recursos mas indecorosos para deprimir el mérito, desalentar la virtud, y separar de la sociedad hombres sensatos que podian dirijirla, solo porque hacian sombra á su mérito tan efímero, como del momento. Para dar á ese torrente de pasiones alguna apariencia de racionalidad y justicia, se publicaron doctrinas anti-relijiosas, y anti-sociales, que en otros paises han causado la destruccion de sus gobiernos, y de las sociedades mas cultas. Doctrinas que aunque combatidas enérjicamente por hombres sensatos, eran nuevas en el pais y produjeron los frutos amargos que dolorosamente hemos esperimentado.

Se dejó en total libertad la circulacion de libros inmorales, llenos de máximas anárquicas, y que en manos de los ignorantes, y de una juventud acalorada é inesperta, causan mayores males á la sociedad, que el puñal afilado en mano del asesino mas insolente y atrevido. Hubo empeño en propagar las ideas de libertad é igualdad mal entendidas, y de llevarlas hasta la cabaña del inocente pastor, dispertando de este modo la fuerza poderosa que dormia en el brazo del campesino, y de que ha hecho uso sin dejar poner pié en firme á sus mismos políticos dogmatizantes. Este es el carácter de doctrinas anárquicas y revolucionarias: su enseñanza la convierten contra sus mismos autores, viéndose así cumplido el pronóstico del Santo Rey David que tambien fué el mas profundo político. *Convertetur dolor ejus in caput ejus: et in verticem ipsius iniquitas ejus descendet.* La esperiencia y triste historia del hombre manifiestan esta verdad. Asi es que han desaparecido del

teatro político, y bajado tempranamente al sepulcro muchos que pudieran vivir para ser útiles á su patria; pero que desgraciadamente han tenido la suerte que el emperador Juliano, que siendo atravesado su pecho por una saeta del ejército cristiano, irritado contra el mismo Dios, tomando de su corazon su propia sangre la arrojó al Cielo y dijo: *Has vencido Galileo.*

Si he hecho este lijero y triste recuerdo, es con el único objeto de evitar aquellos males, removiendo las causas que los produjeron. No han sido los partidos el oríjen de los males y desórdenes: los partidos han sido el mal y el desórden mismo, causado por la falta de relijion y observancia de su moral. La relijion no admite la discordia. La relijion sofoca las pasiones. La relijion ordena imperiosamente la union, fraternidad y concordia. Solo cuando se falta á su observancia, se levanta la compuerta del mar tempestuoso del corazon degradado y miserable de los hombres. En vano la política de los hombres busca en otros principios las causas de los males que padecen las sociedades: las hay, es verdad; pero estas son secundarias: el oríjen primordial está en la inobservancia de la moral cristiana, y desprecio de la relijion. Unos han abrazado el indiferentismo mas insensato, y calificado á la relijion como propia solamente para gobernar al pueblo ignorante, y ajena del hombre civilizado y de alma grande, capaz de dirijirse por los principios solos de su inconstante razon, teniendo á la vista á las naciones mas cultas del mundo, y á los hombres mas distinguidos por su sabiduría, por sus talentos elevados, y por su alta representacion, que han adoptado el cristianismo por convecimiento, y porque solo en su moral han encontrado el norte seguro y re-

poso de su corazon. Otros la han tenido como por un obstáculo para las ciencias y progresos del entendimiento humano, aun viendo con claridad, que en el seno del cristianismo se han cultivado ciencias mas exactas en todos los ramos de literatura, y que en la soledad y silencio de los claustros se han hecho descubrimientos de la beneficencia mas ostensible á las sociedades, y á la humanidad. Otros la han conceptuado como depresora de la libertad y derechos naturales del hombre, debiendo conocer que su moral ennoblece, eleva, y rectifica los derechos naturales del hombre, y que sola ella es el apoyo sólido de la verdadera libertad. Asi, una parte de los hombres influentes en la sociedad, ha navegado en débil barquilla, sin piloto, sin gobernalle, entregada al ímpetu de vientos contrarios, teniendo al frente el escollo funesto del naufrajio mas seguro de sí mismos, y de la sociedad.

Pues bien está: si la causa de los males que se han padecido, y de la inestabilidad de los gobiernos ha sido la falta de relijion, y observancia de su moral, estan descubiertos practicamente los caminos de la verdad y del error. Los hombres que han figurado en el teatro político en los años anteriores han errado; pero la inesperiencia y muchas causas que se reunen en las dificultades y complicaciones para el establecimiento de un nuevo gobierno, los hacen de alguna manera inculpables: los que les han succedido, han obrado con los ojos abiertos, teniendo á la vista el camino del acierto. Disculpemos, pues, á los primeros, y condenemos á los segundos. *Absolvantur magistri, damnentur discipuli.*

Mas en fin, pasaron los tiempos borrascosos: ya no hay en lo político Datanes insolentes que

subleven á Israel contra su caudillo. Tampoco hay en lo relijioso lascivas bailarinas que pidan la cabeza de Juan Bautista. La revolucion de los hombres salió de madre, llegó á su colmo: las pasiones estan en calma. La revolucion del tiempo ha de seguir su marcha, y siéndolo de la Providencia, debe llevarnos á la felicidad. A vosotros, ¡ó representantes de los pueblos! á vosotros corresponde saberla *apreciar*, y *acordar* con oportunidad *lo que ella exije*. Os vais á ocupar en dar la Constitucion de la República, y leyes que han de gobernar á los pueblos. Es decir: hoy se ha hecho la independencia de Guatemala del gobierno español, con la armonía que la relijion, la política y circunstancias exijen. De los años anteriores solo queda la esperiencia, maestra sabia y prudente de los aciertos.

Los hombres á quienes se confian los destinos de la patria, y le dan dias de prosperidad, son acreedores al reconocimiento perpetuo de los pueblos; pero estos sentimientos de gratitud, se borran fácilmente: los que dan á su patria sabias instituciones, leyes justas y adecuadas, estos eternizan su memoria: su sepulcro se labra en el bronce: reciben bendiciones de las jeneraciones mas distantes. Jamas se borrará la memoria de Numa, de Licurgo, de Solon.

Sea, pues, ¡ó lejisladores prudentes del pueblo! sea la relijion del mas benéfico y jeneroso amigo de los hombres, y la moral que enseñó y practicó en todos los momentos de su vida, la antorcha que os dirija en vuestras discusiones, en vuestras deliberaciones. Rousseau quiso que en la constitucion de su pais se pusieran por artículo fundamental los preceptos del Decálogo con pena capital à sus infractores. Tal es el imperio que la

moral del cristianismo ejerce aun en el corazon corrompido del mas insolente de los hombres.

Una constitucion sabia: unas leyes benéficas que eficazmente protejan á los pueblos, que lleven la enseñanza comun, y la moral que enseña á todas las clases sus principales deberes, hasta las aldeas mas remotas de la República: gobernantes justos, que sin falsedad, sin hipocrecia, lleven en su pecho la moral del Salvador del mundo, y en brazo fuerte la ley social para hacerla cumplir, son las medidas sabias, prudentes y seguras que deben adoptarse hoy para establecer la paz sobre principios sólidos. De otro modo, es dar pasos en falso, es fabricar sobre arena. La sociedad caminará de revolucion en revolucion hasta llegar á destruirse. Las pasiones de los hombres no se estinguen; calman, duermen; pero duermen el sueño del lobo acechando á la inocente obeja. La licencia espantosa, las costumbres desenfrenadas y degradantes á que estan entregados los pueblos, deben llevarlos à una triste esclavitud, asi como al de Israel condujeron sus exesos á las cadenas de Babilonia. La época es aparente, las circunstancias son oportunas, la Providencia os brinda con la paz, aprovechad la ocasion. De vosotros pende la felicidad de la República.

Para lo sucesivo debe adoptarse otra medida, que lo es de toda preferencia, de la primera atencion y de la mas estrecha responsabilidad de los gobiernos. Tal es la educacion de la juventud. Si alguna cosa hay mas íntimamente enlazada con la suerte de las naciones, si alguna hay que deba llamar la atencion de los gobiernos, de los padres de familia y personas influentes en la sociedad, y que sea capaz de precaver ó preparar la ruina de las jeneraciones futuras, es sin duda la educacion de la

juventud. Esta es la causa principal de la decadencia ó prosperidad de los Estados. Las naciones mas cultas, mas poderosas y opulentas del mundo, son las que tienen mejores establecimientos de educacion popular y particular. El Gobierno seria digno de la mas severa reprehension, si despues de las convulsiones que se han padecido, en que han sido destruidos los cimientos del edificio social, no se penetrase de la imperiosa necesidad de restablecerlo sobre la base de una educacion profundamente moral y relijiosa. Al hombre no se le debe dejar crecer entregado al capricho de sus pasiones, y de las máximas de los enemigos de la verdadera civilizacion, que es inseparable de la moral del cristianismo. El hombre moralmente educado, es amable, sociable, benéfico, jeneroso, buen padre de familia, buen socio, buen amigo. El hombre sin educacion, es despreciable, insociable, incapáz de hacer el bien, cruel, tirano, ingrato, mal ciudadano, perturbador del órden público y de la tranquilidad de las familias, y por último, pérfido amigo. Abrid la historia del hombre y de los pueblos del mundo y encontrareis manifiesta y bien probada esta verdad. Acerquémonos por un momento á los desiertos, á las montañas escarpadas del rio de la Corona ó del Paraguay: en aquellos hombres que solo lo eran en la figura, se descubria la degradacion de la especie humana hasta en sus últimos estremos. Vivian sobre los árboles, en las rocas, en las cuevas, familiarizados con los osos y los tigres: debida esta su infelicidad á la falta de educacion. Fueron reducidos á sociedad por el celo infatigable, por la caridad desinteresada de los misioneros Jesuitas, hasta llegar á formar una República cristiana, que mas bien parecia de ánjeles que de hombres: debida ésta su felicidad á la educa-

cion que recibieron de aquellos ánjeles en forma humana, de aquellos verdaderos succesores de los Apóstoles: debida al influjo que ejerce irresistiblemente la moral del cristiano en el corazon aun de los mismos bàrbaros.

Las sociedades son como aquellos rios pequeños en su oríjen, grandes en su curso, majestuosos en su término: que reciben en su carrera nuevas fuentes que los engrandecen, y se deslizan á los valles para formar vistosos lagos que hermosean y fertilizan los campos. En sus aguas reposan y se multiplican los peces: en sus márjenes se levanta el robusto cedro: en sus frescas sombras descansan las aves: en sus aguas puras se nutren y alimentan los rebaños: en su contemplacion se recrea el hombre.

La enseñanza moral en la juventud hace á los hombres virtuosos, los hombres virtuosos forman las sociedades domésticas virtuosas, y estos componen á las civiles llevando el mismo carácter. Se engrandecen en su curso con la nueva juventud honrada y virtuosa que se les asocia: llegan á la posesion de todos los bienes que hacen felices á las sociedades: las ciencias y las artes se cultivan con buen éxito: la industria se propaga con el estímulo: el comercio prospera á la sombra de la paz: se levantan establecimientos de beneficencia donde es aliviada la humanidad afljida, y casas de correccion donde es moralizado el hombre degradado: el estranjero se asocia gustoso y comunica sus conocimientos: el viajero las visita con interes. La nueva juventud que ha succedido á sus antepasados contempla con placer la obra de sus manos, y bendice con lágrimas de gratitud la de sus bienhechores, de sus gobiernos y maestros que le dieron educacion y direccion honrada.

Lo que asegura, dijo el sabio obispo de Hermópolis, ministro de instruccion pública en Francia, *lo que asegura en las familias la autoridad paternal, el amor filial, la union de los esposos, la fidelidad de los criados y todas las virtudes domésticas: lo que afianza en las sociedades civiles, la instabilidad de sus instituciones, la obediencia á las autoridades, el respeto á las leyes, la probidad en todas las clases, la buena fé, el amor al trabajo, y por último, la paz, que es lo que en concepto de todo hombre sensato constituye la felicidad y prosperidad de las naciones, es la educacion moral de la juventud.*

No debe pues el Gobierno, los padres de familia y los hombres influentes y notables omitir medio ni sacrificio para dar educacion moral á esta hermosa y bella juventud de Guatemala, que por sus talentos y prendas amables que ha recibido de la naturaleza, está llamada á ocupar los primeros destinos de su patria y hacer su felicidad, pero no sin educacion. ¡O padres de familia! Vosotros sois responsables ante Dios y los hombres de la suerte de vuestros hijos, y de los males que causen en la sociedad por falta de educacion. *Doblad*, como dice el sabio, *la cerviz de vuestros hijos en la juventud y golpeadles los costados mientras que son niños, no sea que se endurezcan y no os crean, y causen dolor á vuestra alma.* Por el contrario, os llenareis de gloria al ver sus comportamientos honrados, debidos á vuestra buena educacion. *El hijo bueno es la gloria de su padre* dice el mismo sábio.

¡O Jeneral! vuestro brazo fuerte ha salvado á la patria: que vuestro corazon humano y benéfico establezca la paz sobre los principios sólidos de la moral de los pueblos y educacion de la juventud. Emplead, Señor, todo vuestro influjo en obra de tanta beneficencia. Mas que por vuestras gloriosas vic-

torias recibireis bendiciones del Cielo y de los hombres.

No por enseñar, sino por cumplir un deber y satisfacer los deseos que arden en mi pecho por la paz y prosperidad de la República, he manifestado: *las causas de los males que se han padecido en los años anteriores, y he indicado las medidas que deben adoptarse para evitarlos, y hacer la felicidad de la patria en lo futuro.* He cumplido pues mi ofrecimiento.

¡O Majistrado Supremo! ¡O jueces depositarios de la justicia! Vuestro poder y representacion que os distingue en la sociedad, es de hoy, es del momento: vuestra responsabilidad no tiene término, es de la eternidad. ¿Quereis ser protejidos de Dios, amados y respetados de los hombres? Sed justos: haced bien á los hombres.—He dicho.

Guatemala, setiembre 15 de 1851.

